

NOTAS CRÍTICAS

ALFONSO ALVAREZ VILLAR

Haciendo uso de la invitación de esta REVISTA, me he permitido emitir en sus páginas las opiniones que, como estudiante de Filosofía, sostengo acerca de la reforma de la enseñanza de esta especialidad en las Facultades españolas de Letras. Alguna de estas opiniones la manifesté ya en un proyecto que, de acuerdo con una Comisión de compañeros míos de curso, presentamos el año pasado a nuestro Decano, pero hoy quisiera en estas páginas completar y analizar lo que entonces no fué más que un simple esquema.

Nadie crea, sin embargo, que me voy a limitar a proponer aquí una mera reforma de la Enseñanza Universitaria en su aspecto filosófico. Porque, si el Bachillerato y las carreras de Universidad (y esto es tan obvio que no necesita demostración) forman un todo unitario en el que no sería eficaz ninguna reforma unilateral, esto se evidencia en mayor cuantía en lo que se refiere a la formación filosófica pre y post-universitaria.

Ahora bien, que la enseñanza de la Filosofía, durante los tres años que la vigente Ley de Enseñanza Media dispone, presenta un grado elevadísimo de imperfección, es algo que se palpa con las manos por muy poco que se considere el problema. Y nada más convincente para averiguar hasta qué punto esto es una realidad, que ir considerando el concepto de la Filosofía con que queda tarada toda la existencia del estudiante que acaba de aprobar la Reválida. De mil muchachos o muchachas, en efecto, novecientos noventa y nueve vendrían a decirnos que la Filosofía no es más que un rompecabezas gramatical vacío de todo contenido humano, y que su historia no es otra cosa que la sucesión de ideas estrafalarias y contradictorias entre sí, que unos cuantos desocupados cubiletearon en sus ratos de ocio. Expresarían, en suma, la creencia del ciudadano medio español que hace más de treinta años condensaron los labios del Rey Alfonso XIII ante el

filósofo Unamuno en la pregunta que es todo un símbolo nacional: "¿Usted también vive del camelo?". Pero cometeríamos la más grande de las injusticias si hiciésemos el menor reproche a los bachilleres y ciudadanos en general que mantienen una postura tan absurda ante la Filosofía. El origen de esta actitud debemos buscarlo más bien en esa visión desfigurada y caricaturesca que los textos filosóficos del Bachillerato han ido inculcando año tras año en las mentes de los estudiantes. Visión desfigurada, porque la Filosofía no consiste en esas figuras silogísticas (aquel Barbara, Celarent..., que tantos dolores de cabeza ha producido a muchos), ni en esas abstractas disgresiones sobre el ser o no ser, el ente y las categorías, que a la inmensa mayoría, si no a todos los alumnos y las alumnas, sonarán siempre a puro juego de palabras vacías. Visión caricaturesca, por otra parte, porque tal como se enseña en los textos de la historia de la Filosofía, a muy pocos no les tendrá que aparecer la exposición de las diversas doctrinas filosóficas algo que no sea una disputa de locos.

Ante esta perspectiva se impone, pues, un viraje en redondo de la enseñanza filosófica en el Bachillerato, y yo aprovecho aquí la amable invitación que me hace la REVISTA DE EDUCACIÓN para exponer mis ideas sobre este problema. Y éstas son, ni más ni menos, que las de si hay algo que enseñar en materia de Filosofía a unos jóvenes que empiezan a vivir, no es precisamente el conjunto de nociones filosóficas indigeribles para una mentalidad de adolescentes, sino algo que es mucho más importante, que es mucho más decisivo, vitalmente hablando: el concepto de la Filosofía como postura angustiada de la Humanidad ante el misterio del Cosmos y de su propio destino. Para ello nada más eficaz que suprimir todo refinamiento dialéctico, en el que tanto abundan nuestros libros de texto, y exponer, en cambio, de una manera estrictamente filosófica, esos hondos y apasionantes problemas que a lo largo de toda la Historia, y por hallarse implicados en ellos la misma personalidad humana, han hecho meditar a todos los pensadores. Si a esto añadimos una exposición clara de las ideas mantenidas por las distintas escuelas y por los filósofos de todas las épocas —exposición en la que quedará patente ese nexo de continuidad teleológica que ha mantenido siempre todas las doc-

Don ALFONSO ALVAREZ VILLAR es estudiante de Filosofía. Especialmente interesado por los problemas de organización, tuvo una intensa participación en el reciente Congreso Nacional de Estudiantes. Colabora en revistas universitarias.

trinas, a pesar de sus aparentes contradicciones—, creo que tendríamos motivos más que de sobra para suponer en los bachilleres no ya una información, sino una formación filosófica, que es lo único que de verdad interesa.

* * *

Dicho esto, parece lo más oportuno enfrentarse directamente con los problemas de la enseñanza de la Filosofía en nuestras Facultades de Letras, y es lo que voy a hacer ahora mismo.

EXCESO DE ASIGNATURAS

En primer lugar, quisiera referirme, en efecto, a ese exceso de asignaturas con que hoy nos tropezamos los que escogemos esta especialidad: cuatro, seis y ocho en los tres cursos, respectivamente. Porque las disciplinas filosóficas requieren un tiempo de cristalización en los cerebros que dicha sobrecarga disminuye hasta límites inverosímiles. Y muy poco remedia el asunto el que algunas de esas asignaturas sean cuatrimestrales, porque, en todo caso, el alumno debe dominar con suficiente extensión los diversos programas. Así que nos vemos obligados a desperdigar nuestra atención durante todo el curso en materias cuyos catedráticos frecuentemente nos invitan o nos obligan a trabajos de investigación o de bibliografía que sólo ya por sí solos nos ocupan todas las horas disponibles. Contra este inconveniente yo sólo veo el remedio que siempre he propuesto para el bien común de todas las especialidades que se cursan en mi Facultad: el *suprimir los dos años de Comunes y dejar sus asignaturas para un examen de ingreso*, con lo que todas las asignaturas de una especialidad podrían distribuirse entre los cinco años así disponibles.

Pero de estos dos años de Comunes, de los que tantas cosas malas podríamos decir, preferiría hablar en otra ocasión, porque juzgo que cae más dentro de nuestro tema mi afirmación de que se da demasiada poca importancia al estudio de la Psicología en nuestra Facultad, a pesar de los dos años que, en sus dos formas de Psicología experimental y racional, se concede a esta ciencia. Poca importancia, volvemos a repetir, sí, dejando a un lado la cuestión de las “salidas” de la carrera, consideramos esa manera tan profunda y radical con que la actual Filosofía se halla fundamentada en la investigación psicológica del hombre. No quiero extenderme demasiado sobre el tema, pero sí quiero subrayar el hecho que —como no puede ser menos en una Filosofía que hace de la existencia humana su problema— los grandes filósofos contemporáneos son también grandes psicólogos (un Jaspers o un Sartre, por ejem-

plo); tampoco quiero prolongar este artículo con disertaciones acerca de la importancia que la Psicología individual y colectiva tienen en la Teoría del Conocimiento y en la Filosofía de la Historia, respectivamente. Quisiera, sin embargo, hacer aquí un inciso para recordar de pasada la necesidad de introducir en el Bachillerato, como unas asignaturas fundamentales, y en lugar de esas cuatro nociones sobre vicencias que se estudian en el quinto curso, ese estudio de las reacciones humanas que hacía exclamar a Alfredo Adler: “Son, ciertamente, lamentables y perjudiciales los errores en la industria y en las ciencias; pero los del conocimiento del hombre constituyen, por lo general, un peligro para la vida”.

FILOSOFÍA + CIENCIAS FÍSICAS Y BIOLÓGICAS

Y dejo para un lugar aparte una idea mía que va a parecer demasiado audaz a muchos de mis lectores, pero que, a fuer de honrado, no quiero que quede en el tintero: mi firme convicción de que todo estudiante de Filosofía debe adquirir, dentro y fuera de la Facultad, una visión panorámica de las Ciencias Físicas y Biológicas, poniéndose en contacto con los problemas de cada una de ellas, los conocimientos generales adquiridos y los límites actuales con que hoy se tropiezan. Ya sé que esto va a sonar a disparate en muchos círculos en donde se considera a la Filosofía y a la Ciencia dos ramas inconexas y aun incompatibles del saber humano. Esto no ocurre, naturalmente, en las Universidades alemanas —por ejemplo—, donde ese íntimo paralelismo y profunda reciprocidad entre la investigación científica y la filosófica nunca se ha perdido de vista. Porque una de las misiones de la Filosofía consiste precisamente en señalar nuevos horizontes a la ciencia y asimilar sus resultados en una síntesis superior, y mal puede cumplir esta tarea, sin incurrir en el disparate risible, quien domina con vista de águila el vasto campo de las Ciencias Experimentales y Matemáticas.

MEJORAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

Pero todas estas reformas son incompletas si no proyectáramos nuestra vista sobre el futuro y no aplicásemos este espíritu revolucionario a la mejora de las condiciones económicas y sociales en que hoy tiene que desenvolverse el licenciado y el doctor en Filosofía. Nada, en efecto, más apropiado aquí que aquella exclamación de aquel filósofo que fué Decano de nuestra Facultad, el señor García Morante: “Los que eligen esta carrera hacen voto de pobreza”. Pedimos, pues, un aumento de sueldo a nuestros Catedráticos, unos mayores

emolumentos para los que trabajan en el Instituto Luis Vives, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y la creación de nuevas salidas para los que siguen mi especialidad, por ejemplo, los que se dedican a Psicología, tema este último que ya ha tratado el

señor Laín Entralgo. Porque ello, no lo olvidemos, llevará consigo un mayor prestigio y una mayor valoración de esta Carrera, que hoy estudiarían muchos más si no fuese por estas barreras económicas y sociales, injustas a todas luces.

EL GRIEGO Y LOS ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA

CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO

Con esta nota no pretendo plantear grandes reformas de la enseñanza, pero sí señalar una confusión que da lugar a una situación errónea de los estudiantes de la Sección de Filosofía de las Facultades de Filosofía y Letras españolas.

Como es bien sabido, en España el alumno universitario no tiene prácticamente casi libertad de opción; se encuentra ante unos planes hechos, y curso por curso ha de ir aprobando una serie de asignaturas, para poder luego aspirar al título correspondiente. Es decir, de que ese plan esté trazado acertadamente o no, depende que la formación obtenida sea completa o no.

Pues bien, acerca de la importancia de que el futuro Licenciado en Filosofía domine, o al menos conozca con cierta profundidad, el griego, no es necesario insistir mucho. Sin saber griego no es posible hacer nada serio en Filosofía (con excepción de la Psicología Experimental, ciencia ya separada de la Filosofía). Los textos fundamentales son griegos; todos los pensadores de altura han madurado su pensamiento sobre los filósofos griegos; y la investigación histórico-filosófica es ficticia si no se conoce el griego. Esto es un hecho. Como anécdota, recordaremos que cuando alguien se ha acercado a Heidegger para querer estudiar con él, lo primero que le ha ordenado siempre es estudiar griego.

¿Cuál es, de hecho, la formación helenística del aspirante español a Licenciado en Filosofía? Vemos que, en primer lugar, hasta la nueva Ley de Enseñanza Media, ha tenido obligación de estudiar en el Bachillerato la disciplina de Griego. Pero es bien sabido que, al no haberse confrontado su estudio en el Examen de Estado, salvo rarísimas excepciones, no se ha estudiado o se ha hecho en forma rudimentaria y sin fruto. Y como al hablar de organización de la Enseñanza hay que referirse al término medio y no a las excepciones, hay que reconocer que hasta el presente curso el alumno

medio ha ingresado en la Facultad de Filosofía y Letras limpio de Griego.

Esperamos que con la especialización establecida por la nueva Ley, el griego salga favorecido; no lo estudiarán todos, pero el que lo estudie lo habrá de hacer de verdad, al ser exigido en el Examen de Grado y haber ya en España suficiente profesorado competente.

Pasemos a los cursos comunes. Encontramos que el alumno puede optar (una de esas raras posibilidades de opción...) precisamente entre griego y árabe. El motivo de haberla establecido creemos que fué el no recargarle al alumno más todavía de lo que ya está durante esos dos años, y el no haber pensado en la Sección de Filosofía. El hecho real es que un alumno *puede* de hecho entrar en la sección de Filosofía sin haber estudiado nada de griego (incluso en el futuro, pues los títulos de Bachiller están equiparados). Si seguimos la vida escolar del alumno, vemos seguidamente que durante los tres años de la sección no se le exigen idiomas... y que en el Examen de Licenciatura puede optar entre cuatro idiomas, con lo que puede sin dificultad esquivar el griego (como de hecho está sucediendo).

Consecuencia: el título de Licenciado en Filosofía hoy no supone en manera alguna que se conozca lo más elemental de la lengua griega. O sea, no se cuida de la formación del Licenciado en Filosofía como es debido.

Personalmente soy partidario de que el alumno tenga las máximas posibilidades de opción, como es normal en otros países. Pero opción que no atañe a las disciplinas *fundamentales*, cuyo dominio debe ser condición *sine qua non*. Y el fallo creo estriba precisamente en esa posibilidad de opción entre griego-árabe.

El Licenciado en Filosofía sólo puede tener interés por el árabe en un caso: que quiera dedicarse después a investigar en la Historia de la Filosofía Árabe. Pero se ha olvidado algo fundamental: que precisamente para estudiar la Filosofía musulmana es imprescindible el